



Perspectiva del ruedo de la Monumental de las Ventas en plena corrida de toros. (Foto Naranjo.)

# LAS PLAZAS DE TOROS DE MADRID Y SU HISTORIA

**E**L historial de las plazas de toros de Madrid, según antiguas crónicas, se remonta a los tiempos del Cid. Su reseña y desenvolvimiento progresivo resulta en veces contradictorio en su relación ordenada y en el cronológico de los acontecimientos sucedidos por parte de los historiadores que se han ocupado de este tema, siendo el más aceptable el de don José M.<sup>3</sup> de Cossío, en su grandiosa obra "Los Toros", que, a su vez, se documentó en los tomos que principió a escribir don José Maceín, secretario de Cambó, dos veces ministro con Maura. Don José se los regaló a don Julián Díaz García y, a su muerte, los heredó su yerno Isidro Díez, que ha continuado escribiendo la historia de la actual plaza de Las Ventas del Espíritu Santo.

En la magnífica revista "Villa de Madrid", editada por el excelentísimo Ayuntamiento bajo la acertada dirección de don Rufo Gamazo Rico, vienen importantes datos sobre las plazas de toros de Madrid, todos de innegable utilidad.

La primera plaza se construyó por Real Orden del Rey Felipe IV, "para que en ella se celebren espectáculos taurinos cada vez más arraigados en el alma popular; fué de madera y se levantó en las inmediaciones del Buen Retiro. El Rey Felipe V, a pesar de su aversión a la fiesta de los toros, mandó levantar otra plaza, también de madera, en el llamado Camino de Alcalá, en el lugar concreto que hoy ocupan las manzanas de casas que forman las calles de Serrano y Claudio Coello.

Y no lo hizo para complacer a la afición, sino para arbitrar recursos para pagar la nómina ministerial, insospechado procedimiento en tan significativo capítulo de gastos. Esta plaza se inauguró en julio de 1743, demolida diez años después y sustituida por otra de ladrillo por disposición de Fernando VI, que más generoso que su antecesor, la mandó construir a sus expensas y sus rentas las destinó "al mayor beneficio de los hospitales de Madrid".

Fueron sus arquitectos don Ventura Rodríguez y don Fernando Moradillo. Gracias a su actividad se inauguró el 30 de mayo de 1754. En su ruedo iniciaron enconada competencia Lagartijo y Frascuelo, que dividió a la afición en dos bandos, irreconciliables, y su nota más trágica la muerte de Pepe-Hillo, mortalmente herido por el toro "Barbudo", de Peñaranda de Bracamonte, el 11 de mayo de 1801. Pepe-Hillo fué autor de un tratado de tauromaquia con "reglas útiles para librarse del peligro de los toros", reglas que no le libraron de veinticinco cornadas y, finalmente, perder su vida.

Ciento veinte años duró esta plaza. En tan dilatado espacio de tiempo desfilaron por su ruedo diestros de todas las categorías que protagonizaban faenas deslumbrantes o de fracaso, mientras el aplauso o la bronca ensordecedora se sucedían según fuera la buena o adversa fortuna.

Entre aquellos toros a los que hoy se lidian, media un abismo. Los toros de entonces eran fuertes y poderosos. El "afeitado" y otras picardías no existían, pues para aquellos lidiadores habría sido deshonroso torear reses arregladas, pues el concepto de hombría y de honor profesional no lo permitía.

También se lidiaban toros mansos, broncos o el sentido del toro cinqueno. El bachiller González de Rivera, en su obra "Los toros de bandera", reseña a muchos que tomaron de diez a veinte varas en adelante, afirmando que "asimismo se lidiaron bueyes, se foguearon otros y no pocos iban al corral por ser mansos perdidos". La historia de siempre.

El 17 de agosto de 1874 principió el derribo de la plaza de la Puerta de Alcalá. Las lamentaciones de los madrileños, que amaban su plaza, eran unánimes. Para sustituirla se levantó otra en la llamada Carretera de Aragón—en el sitio donde hoy se levanta el Palacio de los Deportes—a iniciativa del marqués de Salamanca, sin que tomara en cuenta el enfado de la ciudadanía que encontraba su ubicación muy alejada del núcleo urbano.

Fueron sus arquitectos los señores Rodríguez Ayuso y Alvarez Capra. Abundaron en técnica y buen gusto al levantar una plaza en depurado estilo mudéjar al exterior, amplia y cómoda por dentro, dependencias y servicios irreprochables y un aforo de 13.013 localidades. Los madrileños, al contemplar su nueva plaza, cesaron en sus lamentaciones y olvidaron su enfado.

Se inauguró el 4 de septiembre de 1874. El billeteaje se agotó con cuatro días de anticipación, y refiere don Rafael Hernández en su "Historia de la plaza de la Carretera de Aragón", que el tipísimo señor Casiano, representante de la empresa, mandó fijar el siguiente aviso: "DE ORDEN DE LA EMPRESA NO AY SOL OY".

En las horas de la mañana el capellán del hospital, don Pedro Yarza, bendijo la nueva plaza y celebró el sacrificio de la misa a la que asistieron autoridades, toreros, mayoresales y numeroso público.

La corrida estuvo presidida por el jefe del gobierno republicano, general Duque de la Torre, y con él los ministros encabezados por don Práxedes Mateo Sagasta, que aquella mañana había tomado posesión de su cargo.

Para esta corrida regalaron toros el excelentísimo duque de Veragua, don Carlos Navarro, don Manuel García Puente, dos reses cada uno; don Ildefonso Núñez de Prado, don Antonio Hernández, don Anastasio Martín y don Antonio Miura, una. Actuaron desinteresadamente Manuel Fuentes, Lagartijo, Fran-

cisco Arjona Reyes, Frascuelo, Vicente García, José Lara, José Machío y Angel Fernández.

Sesenta años fué la existencia de la plaza de la Carretera de Aragón. En su ruedo culminó la competencia de Rafael Molina y Salvador Sánchez, se forjó la fama de Guerrita y floreció la de Bombita, Machaquito, Bienvenida, Vicente Pastor, El Gallo, Gaona, Joselito, Belmonte, Cayetano Ordóñez, Marcial Lalanda, Antonio Márquez y dejó su vida en las astas de "Pocapena" el infortunado torero valenciano Manolo Granero.

La corrida de clausura corrió a cargo del rejoneador don Antonio Cañero, que sufrió una cornada abdominal, y los diestros Marcial Lalanda, Joaquín Rodríguez (Cagancho) y Francisco Vega (Gitanillo de Triana). Cortaron orejas los dos primeros y Marcial fué paseado en hombros por el ruedo, siendo éste el último y fugaz acto final de sesenta años de actividad taurina. El señor Hernández, en su mencionado libro, puntualiza: "Las gentes desfilaron silenciosas, tristes, entre las sombras de la noche, dando el último adiós a la alegre y bellísima plaza, escenario de brillantes episodios y tragedias".

## HISTORIA DE LA PLAZA DE VENTAS

Se construyó a iniciativa de Joselito; don José Espeliú fué encargado para levantar los planos. Tampoco fué del agrado de los madrileños. Cuando se iniciaron las obras, lo que es hoy floreciente y tumultuoso barrio cruzado por la Avenida de la Paz, eran unos andurriales despoblados bastante alejados del centro de la ciudad. Las obras se realizaron a paso de tortuga, "como quien no quiere la cosa, y ya terminada, estuvo varios años sin estrenar. La fecha que figura en el frontis, 1929, no significa nada. La primera corrida se celebró el 17 de junio de 1931, a iniciativa de don Pedro Rico López, alcalde del Ayuntamiento republicano de Madrid, a beneficio del paro obrero. Torearon: Diego Mexquiarán (Fortuna), Marcial Lalanda, Nicanor Villalta, Fausto Barajas, Luis Fuentes Bejarano, Vicente Barrera, Fermín Espinosa (Armillita) y Manolito Bienvenida. Obsequiaron los toros don Juan Pedro Domecq, don Julián Fernández, don Manuel García, señora viuda de Concha y Sierra, don Graciliano Pérez Tabernero, señores hijos de don Andrés Coquilla, señor conde de la Corte y don Indalecio García. A esta corrida asistió el recién estrenado gobierno de la República, proclamada dos meses antes. La corrida resultó pésima. Insoportable en su duración y resultado. Los toreros no hicieron nada y el último toro se arrastró a las ocho y veinte de la noche. Dió el primer capotazo y colocó el primer par de banderillas Morato, y el primer puyazo el picador Anguita. El primer toro que saltó a la arena se llamaba "Hortelano", de don Juan Pedro Domecq.

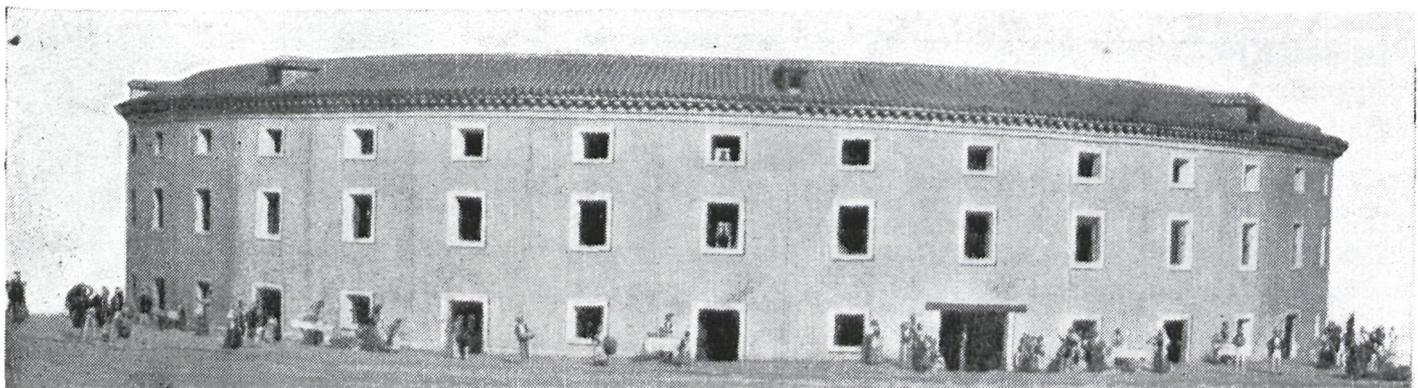
La inauguración oficial se celebró el 2 de octubre de 1934, lidiándose toros de doña Carmen de Federico por los diestros Juan Belmonte, Marcial Lalanda y Joaquín Rodríguez (Cagancho).

La plaza tuvo hasta el pasado marzo de 1969 un aforo de 23.000 espectadores, aumentado ahora a 24.100 con motivo de las obras que se efectuaron en el pasado invierno. Su exterior, semejante al de su antecesora, es de estilo mozárabe con incrustaciones de azulejos. Sus servicios y dependencias magníficamente dotados, destacando por su modernidad e importancia el instrumental de la enfermería, considerada a la altura de los mejores quirófanos. En sus dependencias hay instalado un Museo y rica Biblioteca.

La plaza de Madrid sigue siendo la "catedral" del toreo, plaza que da y quita cartel, pues los triunfos logrados en provincia poco valen si no se refrendan ante esta docta afición.

Y esto es todo por hoy, señores.

Eduardo CALDERON



# “SAN JERONIMO“, DEL GRECO, EN EL MUSEO DEL PRADO

EL VALIOSO CUADRO, CEDIDO POR LA DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID -SU PROPIETARIA-, SE EXPONE EN UNA DE LAS SALAS DESTINADAS AL GRAN PINTOR DE TOLEDO

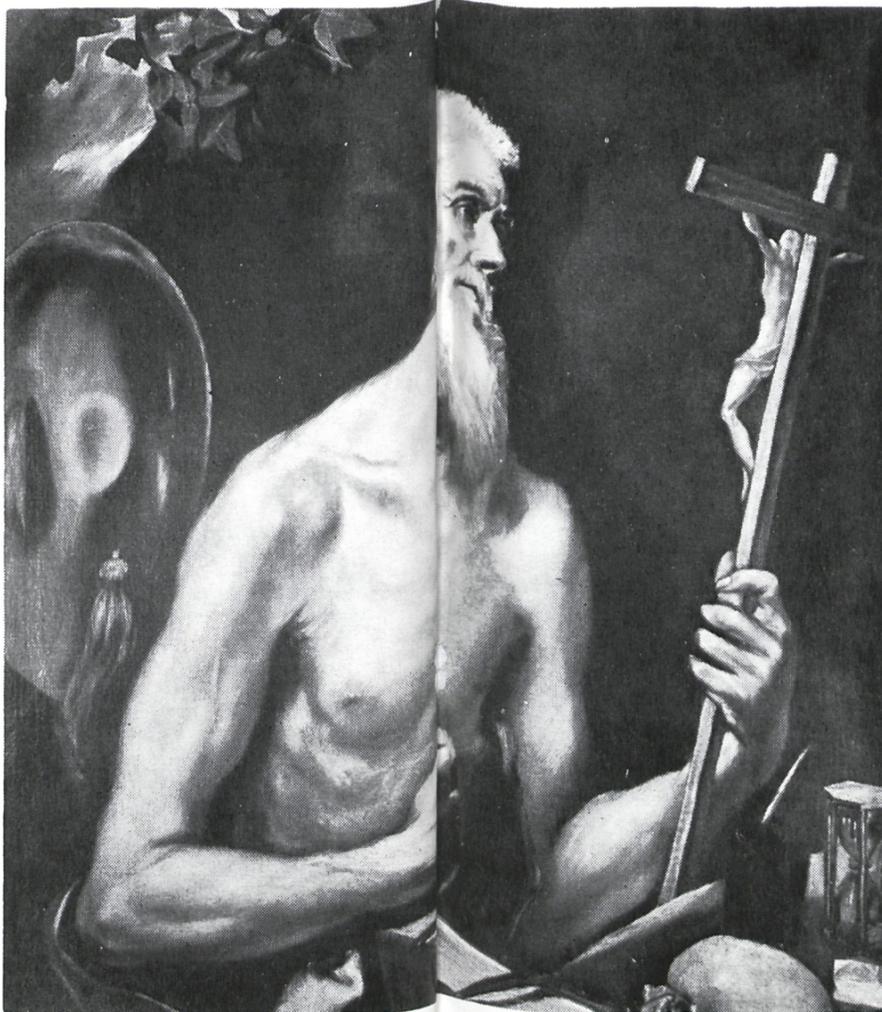


LEJOS, donde el Mediterráneo comienza a perder su canto latino para cambiarlo en espuma de Oriente. En la isla de Creta, seca y pobre, sin sombras ni árboles, pero rica en luz. Fué allí, en Candía, una población blanca y pequeña, como esas diminutas ciudades latinas de nuestro mar, donde nació un día del año 1541 Doménico. Creció el chicuelo en esta ciudad tranquila, pero siempre amenazada por los turcos. No era Candía una ciudad con pretensiones, mas era base de los venecianos que la dominaban desde hacía siglos, razón por la cual los turcos siempre merodeaban buscando el momento preciso para hacerse con ella. No faltaría Doménico a las batallas organizadas por los chicos, con sus espadas de madera, entre los “fieros infieles y los bravos venecianos”. La presencia de los venecianos en su ciudad natal marcó induda-

blemente el camino que siguió el muchacho.

Pronto abandonó aquella pequeña ciudad a la que no volvería jamás, para irse a tierras cada vez más lejanas de su querida isla bordeando siempre el mar en cuyo contorno transcurrió su vida. Y en la Italia que lo acogió, corrió las aventuras y los lances de aquella juventud ardiente del Renacimiento. Estudió en Venecia con Tiziano, aunque en su fuero interno, como después demostrara su pintura, se sintió más atraído por Tintoretto. Voló a Roma más tarde, donde a pesar de estar protegido por una rica familia se atrajo la enemistad de los pintores y su mundo. España fué su etapa final, y más que España Toledo.

Aquí, en la casa —muy restaurada— que aún conserva la vieja ciudad, vivió Doménico más de treinta años. Bajando por una calle estrecha —San



Juan de Dios creo que se llama— antes de llegar a la Sinagoga del Tránsito, torciendo por una callecita a la izquierda encontramos su casa. Una de esas casas toledanas, sin grandes ornatos en las fachadas pero pequeños paraísos en el interior. Cuántas veces subiría esta empinada callejuela para ir a Santo Tomé o a la catedral aquel griego alto, delgado, de andar tranquilo, que un lejano día abandonó una pequeña ciudad de Creta tan diferente a este Toledo. En él moriría, rodeado de sus amigos pero lejos de su isla, en el corazón de España.

Y en ella pintó, y pintó mucho, incansablemente. Desde la Asunción, su primera obra conocida en Toledo, después su “fracaso” en El Escorial, el Entierro del Conde de Orgaz y tantas obras. Más tarde su evolución, y por qué no, su fusión espiritual con la ciudad irían idealizando su pintura —la Crucifixión, el Bautismo de Cristo, la Coronación de la Virgen y ya, cerca del fin, la simplificación de todo, la profundidad suprema, el dominio de la materia, San Bernardino, San Jerónimo, los Santos Juanes...

Sus cuadros se esparcieron por Toledo sobre todo, pero algunos marcharon muy lejos. Mas sigamos el camino recorrido por uno, quizá de los menos conocidos, San Jerónimo. Este soberbio cuadro —a pesar de no ser uno de sus mayores lienzos— le fué encargado al maestro con destino a la iglesia parroquial del pueblo toledano de Burguillos. Es éste un pequeño pueblo que aún hoy no pasará de los 600 habitantes.

Un pueblo casi desconocido. Y para allá fué el cuadro de San Jerónimo, obra de su última etapa. Debió entregar el cuadro a la iglesia de Burguillos en los primeros años del siglo XVII. Lo que sucedió después y cómo desapareció de allí lo dejaremos al entusiasmo del erudito. El hecho es que en el siglo XVIII lo encontramos en el antiguo Hospital Provincial. ¿De qué forma llegaría a aquel hospital entonces orgullo de la corte? Probablemente fuera regalado por algún noble generoso. Corrían buenos tiempos para el hoy viejo hospital. Muchas obras y valiosos regalos se le harían a aquella institución sanitaria.

El cuadro de San Jerónimo debió pasar desapercibido para los dignos galenos de la Ilustración, que, considerándolo sin duda obra de menor valor y de escaso interés artístico, lo recluyeron en forzoso encierro en una de las celdas destinadas a vigilar a los enfermos mentales considerados como peligrosos. Y allí, en la oscuridad de la celda, sufrió la triste condena del olvido, gozando por única compañía y corro de admiradores los dementes con él encerrados. Tristes años para una de las más bellas obras de Doménico. Pero si fué quizás un galeno petimetre el responsable de su encierro, a médicos también les debemos su rescate y su vuelta a la luz. Fué en 1932, en el transcurso de unas obras de transformación, cuando aquel genial hombre, nuestro inolvidable maestro el doctor Marañón, acompa-

ñado por el doctor Huerta, a quien creo olvidan injustificadamente citar cuantos rememoran este hecho, descubrieron asombrados que aquel cuadro sucio, oscuro, colocado muy alto en una pared de la derribada celda, era a todas luces un San Jerónimo del Greco. La investigación posterior confirmó las fundadas sospechas de los médicos. Era esta obra desconocida para los estudiosos de la pintura de Doménico y no aparecía citada en ningún inventario de sus cuadros hecho hasta el momento de su descubrimiento. La historia del lienzo desde entonces hasta hoy ya es de todos conocida. Después de ocupar lugar de honor en el viejo hospital, adornó el despacho del Presidente de la Corporación y en 1970 fué entregado en depósito al Museo del Prado. Hoy por fin podemos admirarlo en una de las salas destinadas al Greco. Expuesto en un rincón, sobre un caballete, descansa San Jerónimo tranquilo y a cubierto de "condenas" y atropellos.

Cuando Doménico pintó este cuadro, cercana ya su muerte, su pintura se hacía más particular aún si cabe, más llameante, más sublime. Las figuras se le escapaban de los pinceles en una ardorosa ascensión hacia lo alto, hacia lo eterno. Sus santos han perdido corporeidad terrena, su técnica se ha depurado hasta el máximo, ha alcanzado ese punto que sólo es cima de los genios y que no puede dejar continuadores. El Greco no crea escuela, no puede, porque su arte es superior e intentar aprender con él es limitarse a copiarle.

Este cuadro de San Jerónimo es probablemente el mejor santo por él representado. La postura del penitente y los elementos que le rodean nos trae a la memoria otro San Jerónimo obra de La Tour que se encuentra en el Museo de Estocolmo. Indudablemente La Tour no pudo conocer la obra del Greco, mas es de notar la semejanza ambiental de ambas obras, si bien el

San Jerónimo de La Tour se encuentra muy por debajo del auténtico lirismo dramático que la obra de Doménico arroja.

Aparece San Jerónimo representado de medio cuerpo, manteniendo con la mano izquierda un crucifijo muy largo donde está clavado un Cristo casi sin modelar apenas insinuando su cuerpo que parece una llama torturada. Con la mano derecha el santo se golpea el pecho desnudo con una piedra. En torno a la cintura parece sostener el manto que se ha dejado caer para descubrirse el torso. Un manto rojo, de duro trazado. Delante de él un grueso libro cerrado, una calavera, un reloj de arena y un tintero con su pluma. Hay además un trozo impreciso de papel que quizás pudiere haber llevado la firma del pintor.

El cuerpo del santo, a pesar de la edad que aparenta a juzgar por sus cabellos y su larga barba blancos, es fuerte, reciamente modelado por el pincel del maestro. La oscuridad del fondo enmarca el cuerpo de San Jerónimo haciéndole sobresalir. A la izquierda aparece un capelo rojo sobre cuya interpretación no hay unidad de criterio. Un solo retazo de luz vemos en la obra, a la izquierda, en un ángulo con unas tímidas ramas que cierran la composición.

Son dignos de resaltar los ojos del santo. Es indudable que su mirada posee un algo especial. No es difícil hacer la prueba y vale la pena comprobarlo. Si nos colocamos a unos tres metros del lienzo veremos que el rostro de San Jerónimo refleja una profunda bondad en su expresión. Pero si nos acercamos hasta menos de un metro notaremos con sorpresa que en sus ojos aparece la fijeza estática y pérdida de una mirada que casi casi me atrevería a insinuar encierra un punto de demencia. Muy profundos dirigidos al vacío, ¿imploran al Crucificado o sufren la vista de los pecados de la humanidad?

Su cuello fuerte y sus hombros caídos nos recuerdan el ideal nórdico amado por Durero. Y sus manos. Esas manos de Doménico que lo dicen todo en su mundo silencioso y trágico. Unas manos donde parecen concentrarse la dramática energía del santo y la fuerza expresiva del autor, cerradas con fuerza en el crucifijo y en la piedra, creadas por un pincel rápido, seco, definitivo de un auténtico genio.

Allí está. Rodeado de las obras que salieron de las manos de su autor, San Jerónimo mantendrá su muda plegaria y su continuo arrepentimiento ante la crítica mirada de los sempiternos visitantes del Museo.

Corre el año 1614, abril. Hace ya días que los vecinos no ven subir al Greco por la callejuela de San Juan de Dios. Sus paseos hacia Santo Tomé —¿cuántas veces entraría en ella?—, hacia la catedral, casi diarios, con su andar tranquilo, reposado. Los vecinos notan que algo falta, que se pierde.

Y se va, un 8 de abril, cuando la última primavera que no llegó a ver comenzaba a nacer. Doménico tiende la vista al cielo limpio de Castilla y recuerda aquel lejano cielo de su tierra, de su blanca Candía, en la ahora remota Creta. Y dice adiós a todos, a sus amigos, a su casa, a sus cuadros, a su pequeño jardín. Y sus ojos se quedaron así, fijos en lo infinito, perdidos en el luminoso cielo castellano. Unos ángeles, como aquellos que sus pinceles pintaron llevando el alma del señor de Orgaz, se lo llevaron a él, dejando a Toledo solo, triste y serio para siempre. Dicen que desde aquel día el Tajo baja sucio, terroso, porque no quiso ver en sus aguas los hachones encendidos de su entierro. ¿Leyenda? Sí, lo es, pero si no ocurrió así, pudo haber sucedido. Fué su nombre Doménico Theotocópuli, nació en Candía, Creta, el año 1541. Murió en Toledo un 8 de abril de 1614.

Joaquín María CORDOBA

# Matubo, s.a.

TUBERIAS ARMADAS Y PRETENSADAS  
SISTEMAS «ROCLA»



CALLE DEL GENERAL MOLA, 17

TELF. 275 60 07-6-5 - MADRID-1